

Maravall y la historiografía francesa

La obra de José Antonio Maravall es tan ingente y su bibliografía consultada tan numerosa que resulta imposible y por tanto presuntuoso, pretender hacer un estudio exhaustivo de la relación entre su obra histórica en sí y las aportaciones que le han proporcionado sus fuentes, en un espacio tan reducido como el de un artículo y ello a pesar de que nuestra tarea va a limitarse a considerar la función de la historiografía exclusivamente francesa en su quehacer histórico. Menos todavía: nos hemos conformado con señalar algunos de los aspectos que nos parecen esenciales en tan fecunda compenetración. Mas como la técnica —en este caso la técnica de hacer historia— es inseparable del propósito del historiador, más de una vez se presentarán íntimamente ligados el método y la finalidad que Maravall persigue en su obra.

Una primera lectura descubre que los estudios de Maravall guardan mucha afinidad con los métodos de los historiadores extranjeros, principalmente franceses. Una lectura más reposada no niega, como es lógico, parte de esa analogía o influencia pero pone de manifiesto que la técnica de Maravall ha hallado en la historiografía francesa más que un modelo, una confirmación de su propia teoría metodológica. Una influencia, por muy poderosa que sea, si no es asimilada de un modo servil —lo que no es el caso de Maravall— no puede dar lugar a una elaboración histórica tan semejante a la de sus predecesores conservando al mismo tiempo su originalidad e incluso cierta discrepancia, sin que exista ya de antemano en el autor una coincidencia, acaso no siempre consciente, pero sí profundamente arraigada, en cuanto al uso de los mismos procedimientos de creación historiográfica.

Señalaremos en primer lugar una característica fundamental que rige todo su quehacer histórico. Al introducir en su obra múltiples factores de los que, con terminología tradicional, diremos que hacen caminar la Historia, se distingue de la de otros historiadores, importantísimos, desde luego, que, afanosos por descubrir las causas de la singularidad de nuestra Historia, hacen predominar una sobre todas las demás. Maravall, contrario a ese modo de interpretar los hechos y fenómenos históricos, recuerda: «Ha sido frecuente que, al intentar explicar la forma y desarrollo del Estado, se caiga en una inter-

pretación monista y que, en torno a un único o predominante núcleo causal, se organice la exposición de los otros aspectos»¹. Y ello precisamente cuando todavía queda mucho por hacer en el campo de los datos y descubrimientos necesarios que deben ser tenidos en cuenta antes de poder formular una teoría de las causas, de las fuerzas que hacen la Historia. Tanto Lucien Febvre como Fernand Braudel, principalmente, insisten en la existencia de fuerzas no bien conocidas todavía que constituyen la base profunda de los acontecimientos que salen a la superficie. Braudel afirma, por ejemplo, que algunas de esas fuerzas no debidamente integradas aún en la creación histórica y entre ellas, la que ya constituye una ciencia, la economía, actúan en el trasfondo complejo de los hechos. Así «la guerra no es un dominio puro de responsabilidades individuales». Maravall, de acuerdo con esta carencia de conocimientos acerca de causas todavía mal estudiadas o ignoradas, considera por otra parte que «... no sólo hay que mantener teóricamente esa convicción en la interdependencia de los fenómenos sin privilegiar a ninguno, sino conservarla en la construcción historiográfica»².

De esta afirmación sin paliativos —la interdependencia de los fenómenos— se derivan al menos dos postulados fundamentales que hoy pueden parecer triviales por haberse convertido, afortunadamente, en lugares comunes, si no plenamente, sí cada vez con más frecuencia, aceptados. Nos referimos en primer lugar a la interdependencia de las ciencias. Hace ya tiempo que la Historia concebida únicamente como sucesión cronológica de reinados y relatos de batallas debidamente fechados, que sigue siendo, por desgracia, la forma en que se presenta en demasiados manuales —lo que, dicho sea de paso, contribuye al desinterés de los estudiantes por esta asignatura— ha dejado de ser aceptable por los historiadores responsables y entusiastas de la disciplina a que se dedican. La Historia, a la que Maravall llama despectivamente «de los acontecimientos y fenómenos» no interesa sino tangencialmente a nuestro autor que opina: «La solidaridad que une todas las disciplinas científicas según afirman Lucien Febvre y los demás historiadores de la escuela historiográfica francesa es una realidad incontrovertible, pese a algunos sectores reacios a aceptar el hecho indiscutible»³.

Ya en las primeras páginas de su *Estado moderno y mentalidad social*, que venimos citando, advierte: «Nuestra obra hubiera sido imposible de llevar a cabo, sin poder manejar el instrumental de conceptos que nos han proporcionado los sociólogos, (...) así como los economistas e historiadores de la economía (...) cuyas obras nos han revelado aspectos decisivos en los procesos de transformación de unas y otras sociedades. Nuestra mayor deuda la hemos contraído con quienes han cultivado la Historia social». Y en su extenso y erudito libro *Antiguos y modernos*, ya en su Introducción, Maravall da por sentado que «en los países subdesarrollados, en los países occidentales y en los soviéticos, la incorporación de la Historia a las ciencias sociales, la interna colaboración articulada entre unas y otras, constituye una de las más interesantes novedades en el campo intelectual de nuestros días». Este concepto de la Historia se mantiene a lo largo de toda su obra y es, por lo tanto, la clave de su técnica histórica. Y Maravall prosigue: «De otra parte no habrá tampoco historiador al nivel de nuestro tiempo que, ocupándose de la Historia de la vida política, no extienda su mirada sobre ese panorama de la relaciones económicas, sociales, sobre esos movimientos intelectuales, sobre esa red de creencias e ideas

¹ José Antonio Maravall, *Estado moderno y mentalidad social, siglos XV al XVII*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1972, tomo I, p. 14.

² Lucien Febvre, *Philippe II et la Franche-Comté, Etude d'histoire politique, religieuse et sociale*, París, *Champion*, 1912, p. 10.

Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, *Armand Colin*, 1949, p. 13.

J. A. Maravall, *Estado moderno...* tomo I, p. 14.

³ Lucien Febvre, *Combates por la Historia*, Barcelona, *Ariel*, 3ª ed., 1974, pp. 54 y 86.

J. A. Maravall, *Estado moderno...*, tomo I, p. 17.

en que se apoya la coexistencia de los hombres». Reafirmará esta teoría citando a un prestigioso historiador francés: «Nada menos que un historiador de *Instituciones* como Marc Bloch declaraba que las instituciones políticas en general, no alcanzarán su verdadero sentido más que después de restablecidos sus lazos con las profundas corrientes de ideas —y también de sentimientos— que estaban subyacentes»⁴.

Ese carácter interdisciplinario de las ciencias, particularmente enriquecedor e incluso imprescindible para la Historia, es igualmente utilizable y positivo para las demás ciencias dado que todas son solidarias. Y aquí Maravall cita a Saporì quien «sostenía que no cabe reducirse en Historia económica al puro terreno de la economía, aislado de toda conexión con otros campos». Maravall ha podido comprobar además «que la economía no camina sin pensamiento económico y que es necesario conocer la Historia de éste — que, en definitiva, es Historia del pensamiento o, si se prefiere, de la mentalidad humana en cada época— para conocer la economía misma»⁵.

Así, de acuerdo sobre todo con Febvre y Braudel, Maravall centra su investigación histórica en la evolución y cambios de la mentalidad social, en un determinado momento de la época que estudia. Sobre la importancia de lo social Febvre es tajante: «La Historia no se separa del medio social en el cual se elabora. Sufre la presión de éste». Esa evolución es, dentro de los cambios históricos, tal vez, la más lenta. En cierto modo podría decirse que se realiza asimilando previamente e incorporando luego, al menos en parte, los demás cambios que influyen en ella, las vicisitudes de la economía, la transformación de las técnicas de trabajo e incluso los movimientos políticos por no citar sino los más importantes. Pero la fuerza más poderosa capaz de mover el pensamiento o más bien de frenarlo, es la que procede de las diversas creencias religiosas. Para Febvre «todos los acontecimientos que hemos descrito parecen haber tenido sobre todo causas religiosas» dirá refiriéndose al siglo XVI y añadirá que, a pesar de todos los aspectos renovadores que hay en el Renacimiento, prevalece el aspecto religioso. Asimismo Pirenne afirma: «Las disputas teológicas han dominado todo en el siglo XVI [...] Todas las demás preocupaciones ceden ante las creencias religiosas». Por su parte, Evelyne López Campillo opina que «la Historia de las mentalidades entronca estrechamente con la gran corriente de la Historia de las religiones». Y nos recuerda que «Maravall subraya que a Ortega le debía el haber comprendido ya en los años 40 (gracias a *Ideas y creencias*) que el historiador necesita, ante todo, averiguar el sistema de creencias de una época»⁶.

En segundo lugar diremos que la interdependencia de las ciencias trae consigo una exigencia capital: al no ser sincrónicos los cambios observables en las distintas ciencias que conjuntamente constituyen la Historia, se impone la necesidad de abarcar largos períodos de tiempo para poder explicar los fenómenos históricos. Braudel lo expresa con toda claridad: «... Es preciso que el tiempo colabore en esas lentas y considerables transformaciones y que para captarlas, nosotros los historiadores, extendamos el campo cronológico de nuestra observación». No de distinto modo opina Maravall: «En fin de cuentas este libro no será sino el resultado de una nueva manera de hacer Historia de España. No pretendemos que sea invención nuestra, ni remotamente, pero tal como se manifiesta en nuestra obra, es consecuencia directa de la aplicación de nuestra teoría acerca de los conjuntos históricos. Si la Historia sólo aparece en los procesos de larga duración, en ellos

⁴ J. A. Maravall, *Estado moderno...*, tomo I, p. 9 y del mismo autor *Antiguos y modernos*. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad, *Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966*, p. 3 y también *Estado moderno...*, tomo I, pp. 24-25. Marc Bloch, *texto recogido por B. Guenée, L'Histoire de l'Etat en France à la fin du Moyen Age*, y citado por J. A. Maravall, *Estado moderno...*, p. 25, tomo I.

⁵ Citado por J. A. Maravall, *Estado moderno...*, tomo I, pp. 25-26.

⁶ Lucien Febvre, *Combates...*, p. 87 y del mismo autor *Philippe II...*, p. 769 y p. 11; Evelyne López Campillo, *Historiografía de la Historia de las mentalidades, en Homenaje a José Antonio Maravall, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, tomo II, pp. 481 y 485*. Por eso pensamos, aunque efectivamente no sea nunca una sola causa la que mueve los acontecimientos sí es una, por lo general, más importante que las demás a las cuales domina y en el caso que nos ocupa las creencias religiosas.